



Edséeabeth Jelicó

Las tramas del tiempo.

ANTOLOGÍA ESENCIAL

*Familia, género, memorias, derechos
y movimientos sociales*

Elizabeth Jelin

Las tramas del tiempo.
Familia, género, memorias,
derechos y movimientos
sociales

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Jelin, Elizabeth

Las tramas del tiempo : Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales / Elizabeth Jelin ; compilado por Ludmila Da Silva Catela ; Marcela Cerrutti ; Sebastián Pereyra. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF - (Antologías)

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-807-6

1. Memoria. 2. Estudios de Género. I. Da Silva Catela, Ludmila, comp. II. Cerrutti, Marcela, comp. III. Pereyra, Sebastián, comp. IV. Título.
CDD 305.409

Otros descriptores asignados por CLACSO

Familia / Género / Feminismos / Memorias / Derechos Humanos / Dictadura Cívico Militar / Desapariciones / Democracia / Estado / Movimientos Sociales

Elizabeth Jelin

Las tramas del tiempo.
Familia, género, memorias,
derechos y movimientos
sociales

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Estudio introductorio y selección de *Ludmila da Silva
Catela, Marcela Cerrutti y Sebastián Pereyra*



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Diseño de colección - Gabriela Corrales - Estudio Namora

Diseño de tapa - Dominique Cortondo (en base a diseño de Estudio Namora)

Fotografía de tapa - Estrella Herrera

Corrección - Santiago Basso

Diseño y diagramación - Paula D'Amico



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

ISBN 978-987-722-807-6

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Índice

Estudio preliminar 11

Por Ludmila da Silva Catela, Marcela Cerrutti y Sebastián Pereyra

PRIMERA PARTE · CAMBIO SOCIETAL, FAMILIA Y GÉNERO

Intersecciones de familia, unidad doméstica y género (integrando el curso de vida, la estratificación social y el período)

La bahiana en la fuerza de trabajo: actividad doméstica,
producción simple y trabajo asalariado en Salvador, Brasil 55

Trabajo y familia en el ciclo de vida femenino: el caso de los
sectores populares de Buenos Aires (selección) 77

Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada 123

El celibato, la soledad y la autonomía personal: elección personal
y restricciones sociales 163

Política y poder en los cambios de las relaciones de género y las transformaciones familiares

Familia y género: notas para el debate 191

Desigualdades de clase, género y etnicidad/raza. Realidades
históricas, aproximaciones analíticas 215

Familia. Un modelo para desarmar 253

Familia y políticas públicas 279

Género, familia y derechos humanos

¿Ante, de, en, y? Mujeres, derechos humanos 297

Subjetividad y esfera pública: el género y los sentidos de familia
en las memorias de la represión 343

El cambio social a través de la biografía personal: un enfoque metodológico

La estructura social en la biografía personal
En colaboración con Jorge Balán 373

El tiempo biográfico y el cambio histórico: reflexiones sobre el
uso de historias de vida de la experiencia de Monterrey 397

SEGUNDA PARTE · MEMORIAS Y DERECHOS HUMANOS

Un nuevo campo de estudios. Los trabajos de las memorias

¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria? 419

Diálogos intergeneracionales en un grupo de investigación sobre
memorias: algunas reflexiones
En colaboración con Susana G. Kaufman 441

Marcas territoriales, patrimonio y memoria. ¿Conservar o transmitir? 455

Memoria, política y democracia. Tensiones, encuentros y desencuentros.

Memoria y política: movimiento de derechos humanos y
construcción democrática
En colaboración con Pablo Azcárate 487

Memoria y democracia. Una relación incierta 503

¿La memoria tiene género o el género tiene memoria?

El género en las memorias 527

Dilemas actuales: los abusos sexuales como crímenes de lesa humanidad y el respeto a la intimidad 545

El conflicto como productor de legitimidades, memorias, silencios y olvidos

Memorias en conflicto 563

Rosas transplantadas y el mito de Eldorado. Travesías en el tiempo, en el espacio, en la imagen y en el silencio 575

Militantes y combatientes en la historia de las memorias: silencios, denuncias y reivindicaciones 605

El 68 desde el sur: historia y memorias en América Latina 625

Memorias (re)presentadas. Identidad, política y fotografía

Podría ser yo. Los sectores populares urbanos en imagen y palabra (selección)
En colaboración con Pablo Vila y Alicia D'Amico (fotografías) 649

La fotografía en la investigación social.
Algunas reflexiones personales 685

30 años después. Sergio Caggiano entrevista a Elizabeth Jelin (Shevy) y a Pablo Vila
En colaboración con Pablo Vila y Sergio Caggiano 705

TERCERA PARTE · ESTUDIOS SOBRE MOVILIZACIÓN SOCIAL

Movimiento obrero y conflicto social

Orientaciones e ideologías obreras en América Latina 729

Espontaneidad y organización en el movimiento obrero 765

Conflictos laborales en la Argentina 1973-1976 827

Los nuevos movimientos sociales y la transición a la democracia

Los movimientos sociales en la Argentina contemporánea:
una introducción a su estudio 883

Cotidianeidad y política
En colaboración con Pablo Vila 911

Ciudadanía e identidad. Una reflexión final 927

Los derechos humanos entre el Estado y la sociedad 965

La ciudadanía en cuestión

La construcción de la ciudadanía: entre la solidaridad
y la responsabilidad 1005

¿Ciudadanía emergente o exclusión? Movimientos sociales
y ONG en América Latina en los años 90 1039

¿Víctimas, familiares o ciudadanos? Las luchas por la legitimidad
de la palabra 1069

Sobre las autoras y los autores 1093

Estudio preliminar

Por Ludmila da Silva Catela, Marcela Cerrutti y Sebastián Pereyra

I. Apuntes biográficos

La introducción a esta Antología de la obra de Elizabeth Jelin tiene dos objetivos fundamentales. El primero es situar esos textos, esa obra, en la trayectoria biográfica e intelectual de su autora. El segundo, presentar los tres nudos temáticos principales que, creemos, permiten organizar la producción intelectual de Shevy y que son la base que estructura los textos que componen este libro.

Comenzamos pues por una breve biografía que hemos armado a partir de fragmentos, charlas, entrevistas. Como la propia noción de memoria que Shevy tan bien ha definido y elaborado, contar sobre su vida y trayectoria es un trabajo de memoria, que necesita puentes y lazos de construcción y que ilumina alguna de las elecciones y los caminos de esta socióloga que nunca se quedó quieta. Sus viajes, sus intercambios, sus trayectos entre diversos mundos y lenguas se translucen en sus trabajos, en la manera en que eligió vivir y hacer sociología.

Elizabeth Jelin nació en 1941 en Buenos Aires. Vivió su primera infancia, hasta los cuatro años, en Eldorado, Misiones y luego en Buenos Aires. Estudió la primaria y la secundaria en escuelas públicas de esta ciudad.

Estudió Sociología en la Universidad Nacional de Buenos Aires, carrera que comenzó a los 16 años en 1958. Es interesante leer cómo ella misma percibe ese inicio, más por redes y afinidades que por elección racional.

Mi papá nunca entendió qué era la sociología, porque nadie sabía en esa época, yo tampoco. Era tirarse a un lugar muy poco conocido. Una lo hacía porque tenía que ver con afinidades y redes más que con un diagrama racional de formación académica. Ingresé a la Facultad de Filosofía y Letras, donde estaba Sociología. Tenía alguna idea porque había tenido una materia de Sociología en una escuela secundaria judía, a la que yo había ido en paralelo a la secundaria pública. Una de las materias que aprendí ahí, teniendo quince años, fue Sociología. Me atrajo eso que la profesora me estaba transmitiendo. No me preguntes contenidos porque no recuerdo nada. Sé que quedé anclada en que había algo ahí sobre entender a la sociedad que a mí me atrajo mucho. (Entrevista a E. Jelin, 2019).

Muchas veces perdemos de vista que los autores consagrados han recorrido un largo camino, investigado muchos temas, experimentado diversas formas de tornarse un intelectual reconocido en el campo. El camino elegido por Shevy tuvo diversas decisiones y algunos avatares que explican su trayecto. Terminó su carrera de Sociología en tres años y medio y formó parte del grupo de los/as primeros/as graduados/as en Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Apenas graduada, obtuvo una beca de Iniciación en la Investigación, línea que había sido recién creada en el CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas).

Tuve la beca en la primera camada creo, año 62, para participar en ese proyecto grande de inmigración. Mi director primero fue [Gino] Germani y después [Enrique] Butelman. No me acuerdo cómo fue, porque Germani se fue en esa época, viajó y después casi ni volvió a la facultad. Y llevé adelante un proyecto sobre la historia de los procesos de integración de inmigrantes en Argentina, a través del estudio de las asociaciones de inmigrantes. Trabajé en el archivo del Club Italiano, de Unione e Benevolenza, del Club Alemán, del Centro Republicano Español, para ver desde el 1900 hasta la época cómo fueron cambiando las conmemoraciones del 9 de Julio, que al principio no las tenían y

después sí; cuándo cambiaron de idioma e introdujeron el castellano en las actas, etcétera. Ese fue el primer trabajo de investigación mío. Después tuve otra beca en un trabajo que tenía que ver con familias y después en el año 64 me fui de la Argentina. (Entrevista a E. Jelin, 2019).

Entre los años 1964-1973 Jelin vivió en el exterior. Primero fue docente e investigadora visitante en el Centro de Investigaciones Económicas en la Universidad de Nuevo León en Monterrey, luego hizo su doctorado y enseñó en Estados Unidos, y finalmente en Brasil, en docencia de posgrado en la Universidad Federal de Minas Gerais y en investigación en un equipo en el CEBRAP (Centro Brasileiro de Análise e Planejamento). Para quien conoce su casa, hay objetos de cada lugar, que como sabemos arrastran cada una de esas historias, más allá de los libros y artículos que escribió en cada destino.

En este período realizó estudios de Sociología en Estados Unidos y obtuvo su doctorado en la Universidad de Texas en Austin, enfocada en las carreras ocupacionales, la industrialización y la migración rural-urbana en Monterrey, México. En Austin se formó bajo la dirección de Harley Browning, a quien Shevy reconoce como uno de sus mentores y de quien aprendió, entre otras cosas, que el trabajo de investigación no puede estar desconectado de la pasión intelectual. También se vinculó con Bryan Roberts, con quien mantuvo una rica interlocución intelectual y con quien los une una profunda amistad.

Luego de doctorarse, mientras daba clases en Nueva York a principios de los años setenta, se sucedían las manifestaciones contra la Guerra de Vietnam y del movimiento feminista, lo que sin duda la marcó tanto personal como académicamente. En ese sentido, ese momento representó un período formativo en muchos aspectos. En particular, sobre el modo en que esa generación iba experimentando —y abriéndose camino a— la posibilidad del desarrollo de una carrera profesional para las mujeres en el ámbito académico universitario. Una posibilidad que no fuera la de la excepción o la de la elección entre una vida profesional y una vida familiar.

Ahí sí, una vez instalada en City [City College of New York], ahí las cuestiones de género eran centrales. En varios sentidos. Yo ahí estaba embarazada... a mi oficina venían filas de chicas a preguntar cómo era posible ser profesora y tener familia al mismo tiempo, porque en ese momento en Estados Unidos tenías que elegir. Entonces era como una especie de modelo de rol... y venían mucho. Porque era el comienzo de la ola feminista. Eso no significa que el director del departamento no tuviera su *habitus*. Por ejemplo, mi hijo nació en el mes de junio, en verano. Y él [director del Departamento] dio por supuesto que el año siguiente yo tomaba licencia. Cuando yo le dije que no, que en septiembre iba a estar dando clase, él prácticamente ya había armado la grilla y no tenía dónde meterme. Porque además no había licencia por maternidad. (Entrevista a E. Jelin, 2020).

El feminismo no fue solo un posicionamiento intelectual, algo que ocurre allá afuera, que se puede leer en los libros, sino que en la biografía de Shevy es pura vivencia, algo que se pone de manifiesto en sus decisiones de vida, incluida su relación de pareja, la socialización de sus hijos, el desarrollo de su carrera profesional y la interlocución con sus pares (varones y mujeres). Como dice ella misma, en una época de su vida en que lo personal y lo institucional estaban muy mezclados, articuló una carrera profesional con una profunda conciencia de los sesgos de género y de cómo enfrentarlos.

Luego de esa experiencia vivió en Brasil, en Belo Horizonte. En su estadía en el país vecino comienza a trabajar desde una perspectiva de género, mientras realiza trabajo de campo sobre la fuerza de trabajo en Salvador, Bahía. En este periodo incorpora también los temas de organización obrera, sindicalismo y acción colectiva, así como perspectivas sobre las condiciones de vida cotidiana y de trabajo. Esta breve descripción sobre los caminos elegidos y los viajes que realiza permiten ver que entre los años sesenta y los setenta delinea sus intereses y focos analíticos, donde la acción colectiva, los movimientos sociales, las condiciones de vida cotidiana y trabajo (incluyendo la dinámica de la familia) van cobrando vida en sus escritos, muchos de los cuales están presentes en esta antología. Durante esos años fortalecerá lazos con colegas de la región que van a perdurar hasta estos días.

Regresa a Argentina en 1973, y con breves interrupciones, permanece en el país durante la toda la dictadura militar. En el año 1975, un año antes del último golpe militar en Argentina, Jelin se integra al proceso de formación del Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), espacio que se transformó en un lugar de crítica en las difíciles condiciones que el país enfrentaba por el golpe militar. El trabajo de fundación del CEDES junto a Guillermo O'Donnell, Marcelo Cavarozzi y Oscar Oszlak reflejó algo que sería también una marca particular de sus modos de inserción institucional. El desarrollo profesional en el ámbito local estaba avalado y apoyado por sus redes internacionales, en ese caso por la Fundación Ford. Jelin contribuyó al crecimiento del CEDES como un instituto de investigación central en el período más árido de la dictadura y, sobre todo, a partir de 1983, con la transición a la democracia y con el florecimiento de las ciencias sociales en el país. Jelin logró abrirse camino al andar también en ese mundo predominantemente masculino de las ciencias sociales, llegando incluso a dirigir el CEDES de 1978 a 1980. La relevancia que ha tenido Shevy en la construcción institucional de las ciencias sociales en la Argentina no puede ser soslayada. Por fuera de las instituciones universitarias, que habían sufrido un desmantelamiento de sus capacidades investigativas, los centros de investigación como el CEDES fueron los nodos de la producción intelectual de las ciencias sociales en el país en ese entonces. Shevy fue una pieza clave en esta construcción, en la que coordinó un programa de formación de investigadores jóvenes que fue la puerta de entrada para una nueva generación de talentosos investigadores en el contexto de mayor adversidad imaginable.

Durante el período de la transición democrática, Shevy ingresa a la Carrera de Investigadora del CONICET, lo que le permite dedicarse principalmente a la investigación y a la formación de jóvenes investigadores e investigadoras. Este fue desde entonces uno de sus ámbitos de pertenencia importantes, contribuyendo al proceso de crecimiento y profesionalización que tuvo el organismo —especialmente en el ámbito de las ciencias sociales y humanas— en las últimas décadas. Aunque discutiendo siempre el peso que el CONICET asigna a las matrices disciplinarias en la definición de la investigación, Shevy ha dedicado mucho

tiempo y esfuerzo que redundaron en un crecimiento de la carrera, no solo a través de la dirección y formación de investigadoras/es sino también participando activamente en los procesos de evaluación y en las discusiones sobre la política científica del organismo. Su contribución al crecimiento y consolidación de la ciencia en general y de las ciencias sociales en particular continuará más adelante sumando su participación en otros organismos científicos clave de la Argentina.

El contexto de la posdictadura fue también para las ciencias sociales en el país el momento de la vuelta a la vida universitaria. En 1984, momento de la transición y del inicio de la reconstrucción de la vida universitaria, tomó a su cargo la cátedra de Introducción a la Sociología en la Facultad de Psicología de la UBA, una experiencia única de conformación urgente de un equipo docente y una propuesta educativa orientada a atender la expectativa de cambio y de formación de lxs miles de nuevxs ingresantes a la carrera.

En los años posteriores Shevy dio más peso a la tarea de investigación que a la docencia, en particular en el nivel de grado. Continuó con su participación en el CONICET, fortaleció redes internacionales, profundizó la proyección internacional de su producción y se abocó a la construcción institucional en el ámbito público no universitario. Recordemos que Shevy ha sido miembro del directorio del Instituto de Investigación de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD), miembro de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo de Naciones Unidas (UNESCO), miembro del Directorio Académico del Wissenschaftskolleg zu Berlin, es profesora honoraria de la Universidad Nacional de Villa María (Argentina) desde 2017 y recibió un Doctorado Honoris Causa de la Universidad Paris Ouest Nanterre La Défense (Francia) en 2014.

Como dijimos, su recorrido intelectual, tanto en su formación como en su desarrollo como investigadora en ciencias sociales, está marcado por múltiples pertenencias institucionales, en las que dejó su huella. Si bien no hay una en particular que sintetice sus apuestas, esfuerzos y logros de construcción institucional, en varias dejó su impronta, con aportes reconocibles y reconocidos en el oficio de investigación y de formación de investigadores. Una de ellas es el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), que ha sido su sede central de trabajo desde

mediados de los años noventa hasta la actualidad. Desde esta institución, que actualmente preside, desarrolló junto a colegas de la Universidad Nacional del General Sarmiento (UNGS) un Programa de Maestría y Doctorado en Ciencias Sociales que lideró el proceso de consolidación de la oferta de Doctorados en ciencias sociales en el país. Shevy puso un enorme esfuerzo en la consolidación de este programa.

Como tendremos ocasión de ver en las secciones que siguen, hay tres núcleos temáticos principales que, a nuestro juicio, permiten organizar el vasto corpus de la producción de Elizabeth Jelin como investigadora. Estos son: *a) memoria y derechos humanos, b) género, familia y trabajo y c) movilización social*. Estos temas no representan etapas en el pensamiento de Shevy, ni tampoco pueden ser considerados campos aislados de investigación o temas mutuamente excluyentes. Por el contrario, son tres marcos de referencia, tres preocupaciones intelectuales que recorren con énfasis diferente su extensa producción como investigadora. Son coordinadas a partir de las cuales podemos leer su producción y entender, a su vez, el modo en que sus aportes fueron cruciales para estructurar esos campos y para aportar una mirada regional. Para tener una buena perspectiva de su obra es muy importante también no perder de vista que, más allá de los temas y los intereses, están sus obsesiones. Aquello que define su propio punto de vista:

Me doy cuenta de que hay gente que tiene una mentalidad espacial; la mía es temporal. En todos mis trabajos, desde los más tempranos que tienen que ver con las trayectorias ocupacionales, el tiempo de la vida, la relación entre tiempo biográfico e histórico, el tiempo familiar, han sido una preocupación permanente. (Entrevista a E. Jelin, 2018a).

Eso se ve en ese modo tan personal que tiene Shevy de pensar la articulación entre biografía e historia, de definir al género como un conjunto de interrogantes de carácter transversal para las ciencias sociales, de ubicar el punto de vista de los actores como un foco privilegiado para entender el mundo social. Y también en su modo creativo de pensar la investigación en ciencias sociales, por ejemplo, en relación con la fotografía que, como ella dice, es uno de sus “amores”.

Esta producción intelectual fue desarrollada paralelamente a una incesante dedicación a la formación de jóvenes investigadores; sin duda, otro de sus amores. Cuando la política es parte de la vida y la vida es parte de la política, los intelectuales no piensan solo en escribir *papers*, sino en formar comunidades de pensamiento, campos políticos de acción desde la ciencia. A mediados de los años noventa, Shevy y otros colegas comenzaron a pensar en los procesos de transición en el Cono Sur, y observaron que en temas de derechos humanos y memoria había un vacío que no se correspondía con su fuerte presencia en la vida social. Con la obsesión y generosidad que la caracteriza, Shevy pensó en hacer “algo para los jóvenes”, en crear una comunidad de discusión que juntara experiencias y trayectorias muy diversas. Así, luego de conseguir un financiamiento de la Fundación Ford, desde el grupo de trabajo sobre América Latina del Social Science Research Council definieron un programa de investigación comparativa y formación de jóvenes investigadores en temas de memorias sociales de la represión y la violencia política que funcionó entre 1998 y 2005. Hubo tres camadas de becarios de seis países del Cono Sur: Uruguay, Brasil, Paraguay, Chile, Argentina y Perú, y con ella coordinando, el programa fue un viaje al conocimiento. Talleres, clases con grandes maestros, discusiones donde las distancias jerárquicas se desarmaban. Se puede decir que fue un programa de formación, donde quienes tuvieron la suerte de participar trastocaron sus puntos de vista analíticos, adquirieron conocimientos sobre nuevos conceptos y categorías, y, por sobre todas las cosas, experimentaron un momento de producción creativa donde el punto de vista comparativo permitió descentrar las miradas. De esa experiencia se publicaron una serie de libros temáticos, coronados por el libro *Los trabajos de la memoria*, fundante del campo de estudios sobre las memorias. Tal vez, uno de los libros que más haya circulado, legal e ilegalmente (en el sentido de las copias escaneadas) por el mundo. Una referencia que tiene un origen colectivo en la formación de muchos jóvenes investigadores.

E. Jelin sostiene que uno de los sociólogos que más influyó en su manera de ver las ciencias sociales es C. Wright Mills. En varias entrevistas afirma que el inicio (“La promesa”) y el final (“Sobre la artesanía intelectual”) de *La imaginación sociológica* han sido una referencia fundamental

para estructurar su propio punto de vista, su manera de ver el mundo; el marco de su propio par de lentes. Y efectivamente, la obra de Shevy se inscribe en esa tradición que piensa la investigación como trabajo artesanal, que se despoja y desconfía de los artefactos teóricos que se cierran sobre sí mismos y pierden la capacidad de ver, aquellos que embriagan y enceguecen los sentidos. Esa tradición que defiende una concepción vital de la tarea de investigación, conectada con el mundo y sus problemas, atravesada por sus pasiones y desventuras.

II. Memoria y derechos humanos

Yo a veces digo que... yo no elegí trabajar con la memoria, sino que choqué con la memoria. ¿Qué quiere decir esto? Venía estudiando el movimiento de derechos humanos, viendo sus transformaciones, y durante la dictadura en todos nuestros países lo principal tenía que ver con contener a las víctimas, con darles un entorno y con la denuncia internacional. Pero en el momento de la transición las prioridades cambiaron. Principalmente tenía que ver con elaborar políticas que, en el caso argentino, fundamentalmente se centraban en la búsqueda de *aparición con vida*, de aquellos desaparecidos y desaparecidas y *juicio y castigo* a los culpables. Una demanda de justicia. Al mismo tiempo, de manera importante comenzó a surgir la idea de la memoria. En aquella época el slogan era, *recordar para no repetir*. El texto de la CONADEP, de 1984, se llamó *Nunca Más*, y nunca más es un llamado a la memoria. Recordar que nunca más ocurra, quiere decir que sabemos qué es lo que no queremos que vuelva a ocurrir. (Entrevista a E. Jelin, 2009).

“Choqué con la memoria estudiando el movimiento de derechos humanos y sus transformaciones”, cuenta Elizabeth Jelin en esta entrevista. Esa metáfora del choque es buena para pensar de qué manera se fueron enlazando estos dos temas en sus líneas de trabajo en torno al campo de los estudios de memoria. Dentro de su larga trayectoria, podemos decir

sin miedo a equivocarnos que el tema de los derechos humanos es transversal en su pensamiento. Ya sea ligado a temas de derechos laborales, familia, género, ciudadanía, biografías y ciudades, fotografía y barrios, la noción fue trabajada desde diferentes maneras y aristas. Con ella aprendimos que discutir y analizar el pasado no significa volver a restituir su sentido histórico y literal. Nos propone, desde una metodología constructivista, observar la manera en que este es manipulado y traído al presente por los *emprendedores de memoria*, a través de trazos, huellas, puntos, que se traducen en procesos de memorias, silencios y olvidos. Incluir las memorias, con sus silencios y olvidos en sus múltiples relaciones posibles, asimétricas y pobladas de legitimidades a desentrañar, le permite a la autora complejizar y aportar una mirada propia y disruptiva que retoma y a la vez se distancia de los análisis que, a inicios de los años ochenta, las ciencias sociales producían tanto en Estados Unidos como en Europa en torno al dilema de los traumas, las subjetividades, los dolores y el sufrimiento humano frente a los genocidios y guerras que marcaron y marcan a nuestras sociedades.

En su enfoque de inicio de la década de los años noventa, lo novedoso es la construcción de un campo de estudios de la memoria creativo y original desde el Sur. Su aporte parte de una mirada que construye un andamiaje teórico y metodológico que se resiste a usar los modelos europeos constituidos sobre y a partir de la experiencia del Holocausto, para pensar herramientas que permitan entender y comprender la experiencia frente a las dictaduras de y desde el contexto del Cono Sur. Si retomamos sus palabras, Jelin nos muestra que a partir de acontecimientos sociales, políticos, culturales y familiares se observan determinados procesos que cambian y modifican la mirada de las propias ciencias sociales en torno a la relación entre memoria y derechos humanos.

Detengámonos en el momento histórico de mediados de los años setenta. Si bien hay antecedentes internacionales importantes, es a partir de los golpes militares del Cono Sur que las redes internacionales de activistas y organizaciones ligadas a los derechos humanos se incorporan como actores significativos en la protesta contra la represión y el terrorismo de estado (Keck y Sikkink, 1998). Desde la

perspectiva de los paradigmas latinoamericanos, lo que ocurrió en ese período fue la incorporación del marco de los derechos humanos en la lucha anti-dictatorial. Antes, la dominación y las luchas sociales y políticas eran interpretadas en términos de lucha de clases o de revoluciones nacionales. La incorporación de la clave violaciones a los derechos humanos fue, en ese marco, una verdadera revolución paradigmática. Esta definición implica concebir al ser humano como portador de derechos inalienables. Supone también la asignación de una responsabilidad central a las instituciones estatales de garantizar la vigencia y el cumplimiento de esos derechos. (Jelin, 2003, p. 3).

Esta primera constatación seguirá de alguna forma como una marca constante en los estudios de memoria, donde no es el intelectual el único que tiene cosas para decir sobre la realidad que está estudiando. Otros actores sociales, políticos, culturales imprimieron sus sentidos y de allí que el trabajo sobre la memoria y su relación con los derechos humanos deja de tener un monopolio académico para constituir un campo más amplio y complejo, con sus potencialidades, que se abren al poder mapear puntos de vistas variados y densos, y con sus conflictos, frente a las disputas por la legitimidad de la palabra y la construcción de la verdad.

Lo interesante del caso fue que, por lo general, no fueron siempre los especialistas en la mediación con el sistema político (los partidos) quienes lideraron este movimiento de cambio paradigmático, sino una amplia red que incluyó a familiares de víctimas, a miembros de comunidades religiosas, a activistas y organizaciones internacionales, a intelectuales y a algunos políticos, fundamentalmente a los que habían salido exiliados de sus países. (Jelin, 2003, p. 3).

En la compilación que aquí presentamos, los temas de memoria y derechos humanos pueden leerse en forma cronológica o bien como una estratigrafía que va mostrando sedimentos, capas, huellas que están en movimiento, que nunca se aquietan. Capas que se van modificando de acuerdo a quienes se constituyen en lectores de su obra, ya que,

al arribar al encuentro con sus textos, estas plantean nuevas preguntas y encuentran diversas maneras de trabajarlas a partir de los múltiples ejes que aparecen en los trabajos de la autora. Una de las características de la manera en la que construye sus líneas de pensamiento está íntimamente relacionada a la capacidad de analizar sin imponer, de abrir constantemente el análisis a partir de preguntas que trazan ideas pero que no cierran normativamente los conceptos. Que combinan el análisis histórico, con la mirada sociológica para desembocar en un nuevo campo analítico de los procesos y trabajos de las memorias. Esto cobra sentido en su concepción abierta de la idea de memorias en plural y en conflicto permanente, donde no se puede pensar si no es a través de los procesos y de la agencia humana del trabajo y sus acciones. Esto cobra especial sentido en uno de sus primeros señalamientos en relación a esta particular manera de tejer y construir la relación entre memoria y derechos humanos:

Las luchas políticas por arreglar las cuentas por el pasado tuvieron, en el período post-dictatorial, varias caras: la búsqueda de verdad, la búsqueda de justicia, la intención de encontrar algún sentido a ese pasado doloroso. Las iniciativas fueron del movimiento de derechos humanos, abogando por el reconocimiento de lo ocurrido, tanto en el plano del estado como en la subjetividad, en las expresiones artísticas y en distintos planos del mundo cultural y simbólico. Las luchas por las memorias y por el sentido del pasado se convierten aquí en un nuevo campo de la acción social en la región. Y también en un nuevo campo de investigación social, con características propias: la complementariedad de distintos enfoques y disciplinas necesarias para un abordaje centrado en el punto de convergencia entre patrones institucionales, subjetividades y manifestaciones en el plano simbólico. (Jelin, 2003, p. 15).

Si la lectura la emprendemos cronológicamente, también puede leerse entre líneas cómo las coyunturas políticas, históricas, culturales y personales hacen sentido en su producción, cambiando de rumbo, de tonos, de preguntas que densifican su análisis, concentrado en el contexto

argentino o tomando puntos de comparación con otros países del Cono Sur, de América Latina o de contextos como el alemán, el español o el estadounidense. Sus últimos trabajos colocan el foco en lo local, para conjugar las memorias ligadas a lo familiar y afectivo, lo político y lo universal, como puede leerse en los trabajos sobre Eldorado, Misiones.

Elizabeth Jelin recurre a núcleos duros analíticos que le sirven y que articulan su pensamiento de manera original. Estos, de manera incipiente, están dados a partir de los años noventa cuando inauguró un nuevo campo de estudios en torno al problema de la memoria ligado a los pasados recientes de dictaduras, terrorismo de Estado y violencia intranacionales en el Cono Sur de América Latina. Desde el inicio nos invita a tomar el concepto de memoria como un espacio de conflictos permanentes, donde los cambios —más que las continuidades— son los puntos donde parar, observar, debatir, para así (de)construir y desarmar sus sacralizaciones a modo de poder entender la memoria como un trabajo. Esto produce un efecto interesante en quienes leemos su obra, ya que la propuesta es la de salir constantemente de la comodidad de los conceptos normativos y enfrentar cada investigación con sus desafíos y sus posibilidades de construcción de nuevas categorías de pensamiento.

[...] hay una tensión entre preguntarse sobre lo que *la memoria es* y proponer pensar en procesos de construcción de memorias, de memorias en plural, y de disputas sociales acerca de las memorias, su legitimidad social y su pretensión de “verdad”. En principio, hay dos posibilidades de trabajar con esta categoría: como herramienta teórico-metodológica, a partir de conceptualizaciones desde distintas disciplinas y áreas de trabajo, y otra, como categoría social a la que se refieren (u omiten) los actores sociales, su uso (abuso, ausencia) social y político, y las conceptualizaciones y creencias del sentido común. (Jelin, 2002, p. 17).

En cada texto de Jelin hay, además de una gran capacidad teórica, una generosidad intelectual muy importante. Generosidad para plantear los problemas, los recorridos, los temas y las preguntas. Generosidad para aceptar los usos más variados de sus conceptos, sin estar rebatiendo a

cada uno sobre el “uso correcto” de tal o cual noción. Lo suyo es una sociología de la memoria propositiva.

Si bien todos aprendimos leyendo su obra que la memoria tiene temporalidades y que historizarlas es central para poder comprenderlas, sus escritos también las tienen y estas permiten observar y comprender las repeticiones, las coyunturas políticas que tejen relaciones de poder y que, en el propio ejercicio de memoria, imponen silencios y olvidos. Por otro lado, como sucede con cualquier clásico, sus escritos son atemporales. Por eso son tan importantes: una caja de herramientas donde buscamos las que necesitamos en determinados momentos para la construcción de nuestros propios recorridos y armado de los proyectos e investigaciones.

En su libro *La lucha por el pasado* Jelin comparte la siguiente reflexión:

Vuelvo a la primera persona: los dos últimos párrafos fueron y son centrales en mi pensamiento, hace 25 años y también ahora. En aquel momento, a comienzos de los años noventa, tenía escrito el texto de la historia del movimiento de derechos humanos con esta reflexión final, listo para ser publicado. Pero eran los primeros años del gobierno de Carlos Menem y desde el gobierno, la prensa y buena parte del espectro político se atacaba al movimiento porque [el Copamiento del cuartel de La] Tablada hacía revivir el espectro de la lucha armada, porque el panorama internacional neoliberal donde el gobierno argentino quería insertarse requería una imagen de sociedad clamada y tranquila no la persistencia de unas locas vociferantes. ¿Y a mí se me ocurría, entre todas las cosas posibles, plantear el peligro de los intentos de monopolio del relato y la verdad!? El momento político no era el propicio para decirlo en el país. Y yo no podía dejar de decir lo que había visto e interpretado, algo que desafiaba mis deseos y que podía ser entendido y apropiado de manera perversa por intereses ajenos o contrarios. El resultado fue que decidí guardar el texto unos años, hasta que cambiara el clima político. Una muestra de autocensura, sin dudas. (2017, p. 141).

A partir de la lectura de esta reflexión, en clave personal, se puede pensar sobre un problema que nos atraviesa a todos y todas las que trabajamos con temas de memoria. Por un lado, el peso de “lo político” en la escritura y por otro, las decisiones “éticas” en torno a lo que escribimos. Estos dilemas, que muchas veces son enfrentados “en silencio” por las y los investigadores, permiten abrir el juego sobre las posibilidades e imposibilidades que se nos presentan para poder construir teoría en torno a ellos y sobre los momentos propicios para exponer los temas de memoria. ¿Qué nos pasa cuando escribimos algo que es reapropiado y usado por aquellos que quieren atacar lo que mediante el análisis y la distancia crítica “defendemos”? En momentos de contextos políticos “agresivos” en torno a las luchas por el pasado, volver sobre la lectura que nos propone Jelin no solo nos da instrumentos teórico-metodológicos, sino que nos permite volver a repensar el lugar del intelectual en el campo de las disputas políticas.

Un segundo punto a destacar es su compromiso para tensar las preguntas que nos permiten no solo pensar el plural de las memorias, sino también poner en acción las políticas de memoria. Es una invitación constante a reflexionar sobre cómo y por qué podemos paralizarnos o sometemos una y otra vez frente a una mirada sacralizadora del pasado y de las prácticas de memoria. Los que alguna vez incursionamos en investigaciones en el campo de memoria y derechos humanos, sabemos sobre la necesidad de pensarlas en plural, lo rezamos como un padre-nuestro, pero no siempre podemos o sabemos muy bien cómo reaccionar y poner “en acción” una visión crítica y política a la memoria sin perder el sentido analítico y acompañar nuestras miradas con la pregunta simple y compleja a la vez de ¿memorias para qué? Y allí llega Jelin, para alertarnos:

Reitero: los derechos humanos remiten a algo mucho más amplio que las violaciones ocurridas en dictaduras. Son parte de su agenda los derechos de los presos en las cárceles, el derecho al trabajo y toda la gama de derechos económicos, sociales y culturales, los reclamos de tierras de pueblos originarios, etc. Sin embargo, para el sentido común, en especial pero no solo en la Argentina, la expresión

derechos humanos está más vinculada con las memorias de la dictadura que con la situación de un niño de la comunidad wichi que se muere de hambre en el Chaco. De hecho, para muchos protagonistas de las luchas ligadas a la memoria del pasado, la relación entre las memorias de la dictadura y la construcción de una cultura de los derechos humanos más abarcativos no es un tópico dominante; lo dominante es el reclamo por más políticas de memoria. Pocas veces se amplía el campo por demandas para vincular unas y otras. (2017, p. 274).

Un tercer punto a destacar es el lugar ofrecido como una ofrenda de sus textos a pensar en el/la otro/otra, a la forma en que podemos investigar y analizar las situaciones límite sin dejar de lado la sensibilidad para pensar en las asimetrías del dolor frente a la muerte, a nuestros muertos, a lo que nos rodea, a lo que hacen las mujeres y hombres con sus luchas y experiencias de sufrimiento. Historias de cómo se construye la memoria, pero también sobre los riesgos de sus usos, banalizaciones, desgastes. Cada texto, a lo largo de su trayectoria, puede leerse a la luz de otros temas. La violencia sexual ligada al terrorismo de Estado es, por ejemplo, una base sólida para comprender la violencia actual sobre el cuerpo de las mujeres y la lucha del movimiento Ni Una Menos. Sus análisis sobre las marcas y materialidad de las memorias en las ciudades, con las baldosas, monumentos, grafitis, murales, habilitan la memoria de otros muertos, a los del barrio, a los de la plaza; es decir, permiten recordarnos muertes y asesinatos en las ciudades que transitamos. La comprensión sobre la eficacia de los lazos primordiales para comprender el movimiento de derechos humanos, donde se tejen legitimidades entre la familia, la sangre y la política, no solo nos evocan a las Madres de Plaza de Mayo, sino a cada una de las madres que luchan por las memorias de sus hijos en las coyunturas políticas actuales de violencia institucional y gatillo fácil.

Por último, otra de sus pasiones —pero también de sus innovaciones— en el campo de estudios sobre una sociología de lo visual son sus trabajos en torno a la fotografía y a los procesos de identificación y memoria. Sus textos pioneros en este campo inauguraron una forma de

trabajar con la imagen que acompaña todo su trayecto de investigación. Enfoca a la fotografía no como un soporte ilustrativo en sus obras, sino como un elemento analítico a partir del cual y con el que pensar. Como ella misma afirma a propósito de la obra *Podría ser yo*, que selló el inicio de sus trabajos con la imagen:

En aquel momento, decidimos usar fotografías para dar estímulo abierto a la reflexión, para dejar abiertas múltiples posibilidades de interpretaciones y sentidos. Se trataba de provocar y conversar con grupos humanos diferentes, con marcos epistemológicos y ontológicos diversos, afirmando algo que algún autor llamó la soberanía fotográfica. Fotos que puedan y también permitan respirar. (...) Texto y foto con vínculo abierto, no lineal. (2018b, p. 85).

El mayor desafío que nos propone Jelin en sus libros, textos, charlas, entrevistas, es que nos lleva una y otra vez a pensarnos a nosotros mismos parados en una plataforma que se mueve, donde la memoria debe ser un concepto flexible, motivo de disputas y a la vez comprometido; donde los mundos que vivimos, observamos y analizamos se desarman, se arman y vuelven a producir sentidos diversos cada vez que se activa el pasado para comprender este y otros presentes. Donde las zonas de confianza en la memoria, la fotografía, los conflictos en torno a la miradas locales y globales sobre los pasados que no pasan deben interpelarnos hacia una crítica de la memoria: con certezas, incertidumbres y búsquedas constantes.

III. Género, familia y trabajo

Hacer un recorrido de la obra de Elizabeth Jelin referida al género, la familia y el trabajo resulta sumamente estimulante, por su riqueza conceptual, originalidad y rigor empírico. Asimismo, la evolución de su obra revela dos aspectos destacables: ha sido sin duda pionera en las reflexiones actuales sobre género y organización social de los cuidados y ha propuesto una mirada compleja y profundamente sociológica a la

comprensión de las inequidades de género. En este sentido, su reflexión a lo largo de cuatro décadas fue acompañando las notables transformaciones de la vida social en estos ámbitos, enriqueciéndose a la luz de sus otras preocupaciones intelectuales. Esta parte compila trabajos referidos a género, trabajo y familia a lo largo de su trayectoria intelectual. Sin proponerlo, efectúa un recorrido relativamente cronológico en el que se incluyen trabajos referidos al trabajo, la reproducción social y el género; las transformaciones en las familias y sus implicancias; el género y los derechos humanos; y, por último, sobre el quehacer investigativo y los recursos heurísticos empleados en distintas etapas de su investigación.

Su nutrida producción está signada por algunas preocupaciones notables, todas ellas vinculadas de un modo u otro a las desigualdades sociales. Como ella misma reconoce, fue su propia indignación la que motivó este incesante afán por desentrañar las complejas tramas sociales que las producen y reproducen. En este sentido, la problemática de los procesos que generan las desigualdades de género y su imbricación con otras dimensiones de la desigualdad —centralmente, la clase social— aparece muy tempranamente en su obra.

Los trabajos que conforman esta parte son particularmente representativos de estas preocupaciones intelectuales de Shevy, que comienzan en la década del setenta y continúan con renovada intensidad hasta la actualidad. Indiscutida precursora de los estudios de género en la región, ha realizado notables contribuciones a la comprensión de la naturaleza y características de la división sexual del trabajo, el análisis de las dinámicas de las unidades domésticas y la reproducción social, los procesos sociales que dan cuenta de las transformaciones familiares y la reflexión sobre la organización social de los cuidados. Como buena admiradora de Wright Mills, su imaginación sociológica la condujo a espacios muy ligados a su emocionalidad y a sus experiencias personales. Asimismo, su obstinado interés por los tiempos y las temporalidades, heredado en parte de su estrecha relación intelectual con Harley Browning, la motivó a desentrañar los componentes del cambio social asociados a las generaciones, a los ciclos de vida y a los períodos históricos. Esta indagación fue acompañada por innovaciones metodológicas en las formas de abordar esta complejidad: el uso de historias de vida como forma de vincular

cambio histórico y tiempo biográfico. Su investigación iniciática sobre los procesos de cambio social en Monterrey impactó fuertemente en la forma de pensar el tiempo, así como en cómo relevar y analizar información de carácter longitudinal. Esta investigación fue pionera en varios sentidos, incluso en el uso de computadoras para el procesamiento de una vasta cantidad de información. Lo fue también en el modo de pensar los componentes involucrados en el cambio social y las estructuras que median entre el individuo y la sociedad.

Su temprana entrada al mundo académico internacional, caracterizado por un marcado predominio masculino en todas las posiciones de poder, forjó su espíritu rebelde, que la motivó no solo a encontrar un estilo propio de enfrentar las numerosas barreras implícitas y encontrar un lugar destacado en las ciencias sociales, sino también a realizar una reflexión profunda sobre las inequidades de género. Su trayectoria personal se funde así con un espíritu de época caracterizado por el despertar del feminismo en la región y por la reflexión sobre las desigualdades de clase en sociedades periféricas.

En este sentido, su preocupación inicial por la naturaleza de trabajo doméstico tiene una originalidad y actualidad incontrastables. Si bien la inquietud se enraíza en las elaboraciones de un feminismo marxista que destaca la funcionalidad y el valor no reconocido de las labores del cuidado en los sistemas capitalistas, Jelin complejiza este planteo al integrarlo a la discusión latinoamericana del desarrollo desigual y a las dinámicas propias de las unidades domésticas de los sectores populares. Es decir, estos tempranos trabajos definirán claramente su orientación a establecer los vínculos estrechos entre lo productivo y lo reproductivo, y la especificidad de estas relaciones en sociedades que aún no integraban a significativas porciones de la fuerza de trabajo al mercado de trabajo formal. Participará de los debates internacionales más salientes de la época sobre los condicionantes de la participación laboral femenina en América Latina, incorporando los aspectos específicos del mercado de trabajo que generan la segregación laboral de las mujeres, su sobre-representación en actividades informales y su discriminación.

La actividad doméstica y el rol preponderante de la mujer fueron materia no solo de una profunda reflexión conceptual sino también de

una minuciosa indagación empírica. Sustantivamente, el análisis sobre las actividades desarrolladas por mujeres en las unidades domésticas la condujo a problematizar y jerarquizar la mirada sobre una institución que resultaba de escaso interés al feminismo: la familia. Familia y unidad doméstica, sus superposiciones y complejidades, su organización y funcionamiento, pasan a tener un lugar destacado ya no exclusivamente desde la etnografía antropológica, sino como materia de indagación sociológica que interpela la estructuración y dinámica de las sociedades capitalistas modernas altamente desiguales.

Jelin profundizará en las complejidades conceptuales y empíricas entre familia y unidad doméstica. La primera es considerada como una institución social que regula, canaliza y confiere significados sociales y culturales a la sexualidad y la procreación, a la vez que, inmersa en relaciones de parentesco, mantiene relaciones (obligaciones y derechos) que están guiadas por reglas y pautas sociales preestablecidas. Asimismo, constituye para el grupo de co-residentes un grupo social de interacción. En sus propias palabras, la familia será la base de reclutamiento de la unidad doméstica, siendo esta última la institución en la que se desarrollarán las actividades comunes ligadas al mantenimiento cotidiano.

La articulación entre individuos y familia al interior de unidades domésticas propuesta por Jelin es compleja y resiste toda consideración esquemática o naturalizada sobre su funcionamiento, rechazando de plano la perspectiva funcionalista. Por otra parte, rompe con una mirada de la época que imprime a las estrategias de sobrevivencia familiares un enfoque unificado de intereses de los miembros, proponiendo otra mirada que indaga sobre las prácticas diferenciadas y contradictorias, tanto dentro como fuera de las unidades domésticas.

La centralidad de las prácticas que desarrollan las unidades domésticas como respuestas a las estructuras de opciones disponibles en momentos económicos y políticos determinados, la relevancia del enfoque biográfico y su interés en la clase obrera motivaron un programa de investigación sobre mujer, trabajo y familia en los sectores populares. Esta investigación, que desarrollara junto con María del Carmen Feijoó, constituye una pieza clave en los estudios sobre la participación económica femenina en la Argentina. Los estudios sobre

el trabajo femenino comenzaron a proliferar a nivel internacional y hacia finales de los setenta, para la Argentina, indicaban con datos secundarios y sin ambigüedades hasta qué punto el lugar de la mujer en la estructura familiar, su etapa del ciclo de vida y su clase social condicionaban su participación laboral. En este trabajo ambas autoras pondrán carne y hueso a esta indagación, jerarquizando nuevamente las biografías personales como herramienta heurística fundamental. Este fascinante estudio exhibe las estrategias de participación laboral y de consumo de unidades domésticas de sectores populares urbanos de Buenos Aires en una Argentina atravesada por la dictadura militar y por una fuerte crisis económica. Haciendo uso del concepto de ciclo de vida, el estudio muestra cómo las transiciones a la vida adulta de las mujeres se encuentran fuertemente vinculadas a las transiciones familiares, y que su orden temporal, el momento cuando ocurren y la duración de cada etapa tendrán fuertes repercusiones en su disponibilidad para el trabajo doméstico y extradoméstico. A través de los relatos y experiencias de sus entrevistadas, develarán hasta qué punto las responsabilidades domésticas aparecían como tareas naturales de las mujeres, como parte de la esencia de ser mujer, sin imposiciones, pero también sin opciones.

El carácter internacional de la obra de Shevy se plasmará por ese entonces en la edición de su libro *Family, Household and Gender Relations in Latin America*, en el que, además de condensar su perspectiva sobre familia, vida cotidiana y procesos sociales, incluye la obra de referentes de la época como Orlandina de Oliveira, Verena Stolcke, Larisa Lomnitz y Claudia Fonseca.

Esta propuesta analítica de entender las dinámicas y la organización de las unidades domésticas en función del devenir de cambios en el curso de vida familiar y de los embates externos, llevará a Jelin a incorporar en el análisis otras dimensiones cruciales como son las políticas sociales y los sistemas de bienestar en general. En efecto, en los años noventa, los estudios comienzan a evidenciar la acelerada transformación en los procesos de conformación y disolución de las familias, en las pautas sexuales y reproductivas y en la participación económica femenina en la Argentina. Emulando procesos experimentados

en sociedades occidentales desarrolladas, pero con la impronta de una sociedad profundamente desigual, estas transformaciones abrieron paso a una profunda reflexión en torno a los procesos subyacentes y a las implicancias de estos cambios en Argentina. Varios años de retorno a la democracia y el predominio de políticas neoliberales enmarcaban los debates en torno a los vínculos entre ciudadanía, derechos y Estado.

Shevy abordará esta cuestión en su complejidad y con su característica meticulosidad, como quien desenrolla un ovillo, comenzando por los aspectos históricos y seculares vinculados al cambio, tales como la separación entre casa y familia y la emergencia de la domesticidad; el resquebrajamiento de la autoridad patriarcal y los procesos de individuación; continuando por las diferencias que imprimen otros ejes de inequidad, como la clase social; y arribando al rol del Estado y de las políticas de bienestar. La crisis de la familia es, entonces interpretada como la ruptura de un modelo tradicional de familia y la emergencia de una multiplicidad de formas de familia y convivencia que exhiben, en parte, procesos de democratización de relaciones familiares y de extensión de derechos. Alertará también sobre los retos que suponen estas transformaciones, particularmente en lo que respecta a la sobrecarga de trabajo de las mujeres, la desprotección de la sexualidad (y de la maternidad), las necesidades de cuidado. En este sentido, será claramente una precursora de las reflexiones actuales en torno a la organización social de los cuidados.

Mediante el análisis de las diversas facetas implicadas en los cambios familiares a lo largo del siglo XX, destaca la pérdida del carácter de institución social que mantuvo a la familia tradicional. Las tensiones de las nuevas realidades familiares son claras, si bien los tiempos que corren han ampliado las opciones y la capacidad de elección de los individuos, los vínculos familiares y las necesidades de cuidado persisten y la lógica del cuidado continúa anclada dentro del mundo doméstico y a cargo centralmente de las mujeres.

Este contexto conlleva a su reflexión sobre el rol del Estado a través de la política pública. Insiste sobre la relevancia de las regulaciones estatales y de la política pública en la gestión del bienestar, en la

promoción de condiciones de posibilidad para la democratización de las relaciones familiares y el reconocimiento de los derechos de las mujeres. Partiendo del reconocimiento de la capacidad de la familia para reproducir desigualdades sociales y su rol intermediario con la estructura social (a través de un conjunto de mecanismos como la herencia, la socialización y transferencia de capital social, las pautas de unión matrimonial, entre otras), realiza una propuesta de intervención integral y en línea directa con su concepción de derechos y de ciudadanía. La política pública debe estar orientada hacia mejorar la provisión de bienestar y abogar por la acción afirmativa. Conjuga en sus propuestas de acción política su concepción sobre la multidimensionalidad de la desigualdad social. Favorecer las políticas de bienestar y cuidado implica mejorar las condiciones de posibilidad de una mayor igualdad social entre los géneros.

La vinculación entre derechos de las mujeres y derechos humanos ha sido materia de reflexión para Jelin. Conjugando así dos intereses centrales de su agenda intelectual, interpela a sus lectores con preguntas provocadoras sobre el carácter universal de los derechos humanos en contraposición a una agenda de derechos de las mujeres. De este modo, alerta sobre las tensiones entre el principio de igualdad y el derecho a la diferencia. Propone una manera de “saldar” esta situación dilemática combinando la crítica a los supuestos universales del discurso de derechos con una permanente contextualización de los derechos en los sistemas de relaciones sociales, especialmente de género: frente a mujeres sin derechos, se impone obtener los derechos humanos para esas mujeres. Asimismo, y en cuanto al lugar de la mujer en la lucha por los derechos humanos, propone que, en tanto participantes, se amplíe el campo de reconocimiento del derecho universal a tener derechos.

También entrecruza su mirada sobre el género y la familia con sus inquietudes por las memorias, en un análisis sobre el género y los sentidos de familia en las memorias de la represión. A partir de un análisis de las narrativas de varones y mujeres demostrará hasta qué punto las memorias de la represión política en el Cono Sur reproducen los estereotipos de género y señalará el gran desafío de construcción de un compromiso con el pasado que sea más democrático e inclusivo.

IV. Estudios sobre movilización social

La tercera parte de esta antología agrupa los textos que en la obra de la autora abordan el tema de la movilización social. Con este término nos referimos a distintas formas de conflicto social y protesta, es decir, a aquellos procesos que tienen en la política en las calles a su principal emergente.

Los fenómenos de movilización son fuente de interés constante en el trabajo de Jelin. Y, al mismo tiempo, sus preocupaciones varían a lo largo del tiempo al punto que pueden distinguirse distintos núcleos temáticos que de manera progresiva se van incorporando como ejes de investigación y análisis. Los textos que componen esta tercera parte de la antología se ordenan, de este modo, en virtud de tres tipos de objetos de indagación que aparecen de modo sucesivo.

Un primer grupo se corresponde a sus trabajos sobre *protesta obrera y conflicto sindical*, que se ubican primordialmente en la década del setenta. Allí se recuperan debates internacionales sobre la acción de la clase obrera pero pensados en clave regional. El segundo grupo es aquel vinculado a la noción de *nuevos movimientos sociales* y que tiene en el volumen colectivo editado en 1985 una de sus expresiones y aportes más importantes. Luego, reconocemos un tercer núcleo temático en el cual la preocupación por los fenómenos de movilización y el conflicto tienden a concentrarse en una discusión sobre el *problema de la ciudadanía* desde los años noventa en adelante.

Estos temas son una clave de lectura de la profusa producción de Shevy sobre la cuestión de la movilización social. Al mismo tiempo, es claro que las distintas y sucesivas investigaciones y trabajos tienen líneas de continuidad importantes y, además, los temas y los objetos no siempre coinciden. Lo hacen más claramente en los trabajos sobre protesta obrera y movimientos sociales, pero menos en las discusiones sobre ciudadanía donde los trabajos sobre movimientos sociales siguen teniendo una importancia muy significativa.

Hay algunas cuestiones generales que recorren los trabajos de Jelin sobre estos temas y que van siendo talladas a lo largo de los años. La primera tiene que ver con el modo de estructurar su mirada como

investigadora. En ese sentido, sus textos son un claro ejemplo de un modo de pensar en el cual los fenómenos de movilización son estudiados como sujetos de investigación más que como objetos de investigación.

Sí, durante los setenta había trabajado sobre sindicalismo, protestas de base, siempre viendo la relación entre la base y el liderazgo, las tensiones, tomando un enfoque más bien basista. Y hay una cierta continuidad entre esos trabajos y mis investigaciones sobre movimientos sociales, porque también veo los movimientos sociales desde abajo, y el movimiento obrero es parte del tema. Lo que pasó es que, en esa época, fueron otros movimientos los que surgieron y se tornaron más protagonistas centrales de la esfera pública: los derechos humanos, las mujeres, la juventud. (Entrevista a E. Jelin, 2018a, p. 21).

Algo que hoy nos resulta habitual, que representa una posición muy amplia en las ciencias sociales y que orienta la vocación interpretativa de muchos de nuestros trabajos, aparece de modo claro en los trabajos de Jelin sobre movilización social. Se trata de poner en el centro de la escena la acción y la voz de los actores. Evitar a toda cosa el despliegue de una actitud objetivante en la investigación que pierda de vista los sentidos compartidos, los mundos de vida comunes en los que los actores orientan su acción. Alain Touraine, que es una referencia importante en los trabajos de Shevy sobre movilización, desarrolló con esa preocupación el método de la intervención sociológica. En el medio de las transiciones del sociólogo francés desde el mundo industrial hacia los movimientos sociales, Touraine funda el Centre d'Analyse et d'Intervention Sociologiques a principios de los años ochenta, tratando de darle un carácter programático a estas preocupaciones. Esa visión expuesta por Touraine en *La voix et le regard* (1978) establece una relación entre teoría y método quizá demasiado rígida. Transforma preocupaciones teóricas sobre la acción y la reflexividad de los actores en reglas de método orientadas a incorporar a los actores en el proceso de investigación. Jelin no lleva adelante el método de la intervención sociológica, sus trabajos

nunca pondrán por delante las necesidades y requisitos del método por sobre los objetivos y los interrogantes de la investigación, pero sin duda sus textos representan y definen ese clima intelectual en el que se vuelve fundamental repensar y sobrepasar el lugar de observador en el análisis de las luchas sociales.

Acción y reflexividad son términos que cuadran perfectamente para definir el punto de vista de los estudios de Jelin sobre la movilización social. En un contexto en el que la Sociología tenía una fuerte vocación estructural, Shevy estudia las protestas obreras y da lugar allí para el registro de los conflictos internos, por un lado, y el de las orientaciones ideológicas, por otro. Recuperando y adaptando la noción de nuevos movimientos sociales, la acción y la reflexividad pasan definitivamente al centro de la escena. Los actores se confunden con la acción, y su capacidad para definir, traducir e interpretar las formas de conflicto social resultan fundamentales. Esa sensibilidad que guía los trabajos de Jelin sobre movilización social muestran un equilibrio muy interesante entre, por un lado, abrir la indagación hacia las formas no determinadas y no cerradas en que los actores llevan adelante sus conflictos y, por otro, no resignar el lugar de analista que cabe al punto de vista del investigador, que no coincide con el de los actores. Los estudios sobre movilización en la obra de Jelin no están plagados de reflexiones ni de propuestas metodológicas; están plagados más bien del vértigo y la dinámica que la crónica (de “las cosas que laten”) le imprime al oficio de investigación. Sin embargo, muchos de esos textos pueden funcionar como una alerta, como una petición de principio sobre aquello que el trabajo de investigación no puede perder de vista en estos temas. Los conflictos, las luchas ocurren en universos de significación que estructuran el mundo que los actores tienen ante sí, su mundo. Si perdemos de vista esa conexión entre los actores y su mundo, si no podemos incorporarla en nuestros análisis estamos dejando afuera una materia prima fundamental para poder dar cuenta de los fenómenos de movilización social.

Esa idea de proximidad con los actores —con los sujetos de la investigación— es fuente directa para pensar otro elemento que aparece de modo interesante en los trabajos de Jelin. Se trata de la idea de compromiso que también cobra forma en sus textos. En este aspecto sí hay un

cambio progresivo, una suerte de maduración que muestra una posición más “aséptica” en los textos sobre conflicto obrero que se transforma luego en una concepción interesante y apasionada del compromiso político forjada en sus indagaciones sobre el movimiento de derechos humanos, por un lado, y en la adopción y desarrollo de los debates sobre género y feminismo, por el otro. El compromiso y el entusiasmo son, en algún sentido, moneda corriente en los estudios sobre movilización social. Sin embargo, hay en sus textos una modalidad de entender y actuar el compromiso político que es por demás interesante. El compromiso no suplanta en sus textos a la vocación analítica. La tarea de la investigación no es la difusión, la celebración o la orientación programática de las luchas sociales. Por esa vía el compromiso político tiende a hacer colapsar la mirada aguda y la posibilidad de poner en perspectiva o de historizar y también de señalar las tensiones y las contradicciones, elementos todos que caracterizan las experiencias sociales de organización y acción colectiva. Por el contrario, el compromiso político se expresa en Jelin como afirmación de un punto de vista, como reconocimiento de las implicancias políticas del propio trabajo de investigación y como gesto de coherencia entre los análisis, las tomas de posición pública y las propias decisiones profesionales y vitales. Sin estridencias, sin declaraciones grandilocuentes, los textos de Jelin —sus análisis sobre los procesos de movilización social— permiten ver las implicaciones, pero también la distancia que existe entre el juego de la investigación y el de la política. Al igual que en las cuestiones metodológicas, en este aspecto sus trabajos hablan a través de lo que hacen, de lo que dejan ver sin que necesariamente estas cuestiones sean materia de reflexiones específicas.

Otro elemento importante que recorre los textos que componen esta tercera parte sobre movilización social en la antología se vincula con la relación entre conflicto y derechos. Los trabajos sobre movimientos sociales, la propia noción de movimientos sociales con la que Shevy trabaja en sus investigaciones es paradigmática en este aspecto. La movilización social es desde su punto de vista el vector principal de la producción de derechos. De modo directo o indirecto hay un supuesto en la mirada de Jelin sobre los procesos de movilización social que implica esa idea sobre la génesis de los derechos (los que son consagrados, pero

fundamentalmente aquellos que son garantizados). En la movilización ligada a los derechos humanos, en los movimientos de mujeres y feministas este rasgo aparece de modo explícito. Pero en los trabajos sobre movimiento obrero y en aquellos orientados por la cuestión de la ciudadanía esto no es menos cierto. Jelin le atribuye un interés y una productividad particular a los momentos de activación y protesta en el derrotero de la movilización de la clase obrera. La acción directa constituye desde este punto de vista una dimensión importante en las orientaciones ideológicas de los obreros. Las protestas, sobre todo aquellas que ocurren en las fábricas intervienen de modo fundamental en la definición de los intereses de clase. Por otro lado, aquello que aparece asociado e imbricado en la experiencia obrera del peronismo —la integración social y la integración política— es tematizado en esos estudios sobre la protesta obrera de modo articulado, pero a la vez diferenciado. La defensa y el mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores obreros aparecen como un motor de los reclamos y de los conflictos que interacciona con las coyunturas políticas que marcan los distintos momentos del peronismo como movimiento.

Finalmente, hay un aspecto remarcable en los trabajos de Jelin sobre movilización social y es el modo en que estos abordan y configuran una mirada regional, una perspectiva latinoamericana. Recordemos que esa mirada estuvo marcada por la impronta de un recorrido internacional e internacionalizado que desde el inicio implicó estudios situados fuera de la Argentina y redes de trabajo más allá de las fronteras. Recordemos también que los estudios más importantes sobre movimientos sociales surgieron de grandes proyectos de escala regional (UNRISD, CLACSO y Universidad de Naciones Unidas). La pregunta recurrente en nuestras ciencias sociales sobre las dimensiones comunes y las heterogeneidades de los movimientos sociales en América Latina provienen, sin duda, de esos trabajos que funcionan como marca de origen, como grandes hitos de referencia.

Los aportes de los textos que constituyen esta tercera parte de la antología a los estudios sobre movilización social en el país y a escala regional e internacional son innumerables. Pensemos, por ejemplo, en los trabajos sobre clase obrera y conflicto sindical. Esos textos representan

un corte con los estudios previos de la autora sobre sobre movilidad social pero también provienen de ese origen. El interés por la protesta y el conflicto obrero coincide con el período de reinstalación en Buenos Aires en los años setenta y, en ese sentido, cierra el ciclo de investigaciones ligados al tema de la movilidad y de las condiciones de vida de sectores obreros en México y en Brasil. El punto de inicio de estos trabajos es el estudio sobre los conflictos laborales en la Argentina, 1973-1976 (Jelin, 1978). Allí aparece un modo interesante de abordar el mundo sindical preguntándose por el impacto que la heterogeneidad creciente de los sectores populares tiene en la protesta obrera. También la sorprendente incapacidad del movimiento peronista para encauzar las múltiples formas de movilización de los trabajadores. Jelin sostiene que

la amplia movilización popular de ese momento no estaba canalizada ni controlada por el movimiento sindical. Por el contrario, la movilización resultaba de la combinación de varias corrientes con anclajes estructurales diferentes; la proveniente de las nuevas formas de acción obrera que habían dejado su impronta en varios sectores obreros y en algunas organizaciones sindicales importantes, la movilización centrada en la identidad peronista y el apoyo a la figura de Perón, y la generada en el seno de los movimientos urbanos, especialmente los coordinados por los sectores juveniles. (Jelin, 1978, p. 6).

A su vez, el texto “Orientaciones e ideologías obreras. Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina” (1979) es esclarecedor sobre el punto de vista con el que Jelin llega a configurar uno de los lentes más importantes con el que aborda estas temáticas. *Orientaciones e ideologías* es un texto que se pregunta por la conciencia de clase, pero lo hace ubicando el tema como problema de investigación social. Ese texto es particularmente interesante porque retoma una investigación de Silvia Sigal sobre los obreros de la industria azucarera y lo compara con su propio trabajo sobre la protesta obrera. Esa contraposición le permite pensar tanto el problema de la heterogeneidad de los sectores trabajadores (tanto en el contexto latinoamericano como en el de los países centrales, por cierto) como el tema menos explorado de la diferencia y

rearticulación de las actitudes y mentalidades obreras según se trate de un período de calma o normalidad o un período de crisis o agitación. Jelin le da allí a este problema una muy interesante densidad al considerar que, lejos de las perspectivas ensayísticas que se debaten entre el carácter eminentemente revolucionario o conservador de la mentalidad obrera, las ideas y actitudes, las formas de conciencia e incluso el lugar y papel que desempeña la ideología requieren o llaman a la tarea de investigación. Las orientaciones e ideologías obreras tienen que estudiarse atendiendo a los diferentes criterios de heterogeneidad de clase que las ciencias sociales fueron evidenciando y dilucidando en aquellas décadas que rodean la mitad del siglo veinte (migración, nuevos y viejos obreros, formas y sectores de inserción laboral, condiciones de vida entre las más importantes) como también a partir de este elemento adicional que permite contraponer momentos de calma (rutinas, vida cotidiana, etc.) y momentos de activación (conflicto)¹.

Finalmente, esos estudios permiten también avanzar una crítica a los análisis sobre la aristocracia obrera y a las explicaciones economicistas tan en boga en la época (Jelin y Torre, 1982). En ese sentido, en un artículo publicado junto a Juan Carlos Torre a inicio de los años ochenta, sostienen que no se pueden deducir las orientaciones (visiones subjetivas) de los trabajadores de su posición objetiva en la estructura productiva. El análisis ofrece dos argumentos principales: por un lado, las orientaciones están mediadas por convicciones y lealtades políticas (interpretación de los privilegios como resultado de un determinado proceso histórico). Por otro, es imposible obviar el plano de la acción política; allí hay que rastrear el proceso político de los conflictos.

...hemos sostenido que los privilegios económicos relativos no comportan necesariamente mayor integración social, que la

1. Jelin recupera allí uno de los hallazgos del estudio de Silvia Sigal (1970) sobre la industria azucarera tucumana que indica que, en los períodos de crisis del sector, en las situaciones en las que la desocupación asoma como la preocupación más importante entre los trabajadores, la interlocución del conflicto se desplaza de la empresa hacia el Estado. “Bajo la presión de la crisis el recurso al estado a la vez que provoca una disminución de acciones de enfrentamiento propias de la lucha sindical, constituye el reemplazo de la autoridad capitalista, como agente hegemónico de la economía y como interlocutor válido en el conflicto social” (Sigal, 1970, p. 93, citado en Jelin, 1979, p. 253, cursivas en el original).

heterogeneidad no conduce a un seguro debilitamiento de la solidaridad de clase, que lo importante no es el usufructo de beneficios diferenciales en sí mismo sino la manera en que estos son percibidos, destacando al final que la conciencia de intereses comunes no se constituye solo en el ámbito del lugar de trabajo, puesto que también gravitan sobre dicha conciencia las lealtades y agencias políticas. En el campo de las conductas, por otro lado, indicamos que el status económico-tecnológico de las empresas no determina un tipo de acción obrera específico, que este depende de la mediación de factores institucionales tales como el contexto liberal o autoritario en el que operan. (Jelin y Torre, 1982, pp. 20-21).

Los debates latinoamericanos de los sesenta habían construido el argumento sobre la aristocracia obrera deduciéndolo de la heterogeneidad que mostraban los sectores trabajadores (Aníbal Pinto, Brandão Lopes y Enzo Faletto entre los más importantes). Sin embargo, el desanclaje entre condiciones objetivas y orientaciones subjetivas se manifiesta de diversos modos. Por un lado, pues:

Una suma de status negativos, una mayor explotación y una marginalidad económica suelen conducir al retraimiento, a una protesta que puede ser violenta, pero no se organiza, a un llamado a la protección del Estado, pero no a una acción de clase. (Jelin y Torre, 1982, p. 21)

Y, al mismo tiempo, porque es en las empresas modernas donde suelen encontrarse los militantes más activos y donde suelen gestarse los grandes movimientos.

El interés por la política de los sectores populares que se orienta en esos primeros trabajos hacia la cuestión obrera y sindical se amplía notablemente a partir de la apertura del llamado proceso de transición democrática. Dos volúmenes colectivos editados por Jelin en los años ochenta marcan el desplazamiento de las preocupaciones e indagaciones sobre la protesta obrera hacia el análisis de los nuevos movimientos sociales. *Los nuevos movimientos sociales* (1985) y *Ciudadanía e identidad. Las*

mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos (1987) presentan los resultados de dos investigaciones de escala regional orientadas a indagar las transformaciones en las formas de participación política popular.

En general, aunque he tratado temas políticos, los he tratado desde la perspectiva de la sociedad. Por ejemplo, en el momento de la transición de los '80 hice varios trabajos sobre movimientos sociales y ciudadanía. Esto fue una reacción a cómo los politólogos estaban pensando la transición: muy en términos institucionales, muy preocupados por los sistemas parlamentarios o presidencialistas, sobre el lugar de los partidos políticos y su articulación, sobre los sistemas electorales. Yo veía que pasaban otras cosas, que pasaban por los movimientos sociales y por una demanda muy distinta alrededor de cuestiones de ciudadanía. Yo creo que mi preocupación por este tipo de temas es un punto significativo en mi trayectoria. (Entrevista a E. Jelin, 2018a, p. 19).

La categoría de nuevos movimientos sociales aparece allí como clave de lectura de un proceso que se lee en espejo —aunque también por contraste— a los cambios en las formas de movilización y protesta en los países centrales a fines de la década del sesenta. La crisis de la sociedad industrial y la metamorfosis sindical —que Jelin exploró en sus trabajos previos— abren paso a la constitución de nuevos actores colectivos, menos orgánicos, socialmente más heterogéneos y que mutan sus demandas de los temas clásicos ligados al mundo del trabajo y la cuestión distributiva hacia causas que tienen que ver con la autonomía, con estilos y condiciones de vida, con el reconocimiento y la protección de derechos de distinto orden. Jelin aporta una idea clara de cuáles son los interrogantes que están asociados a la noción de movimiento social. En este sentido, los movimientos sociales implican

procesos temporales de emergencia de acciones colectivas solidarias, conflictivas y cuestionadoras, que en su desarrollo pueden llegar a conformar nuevos actores colectivos con identidad propia, con cierta permanencia temporal y la potencialidad de transformar

por su presencia y sus prácticas, el escenario de la acción social. (Jelin, 1987, p. 14).

Los nuevos movimientos sociales brotan a inicios de los años ochenta luego de una década oscurecida por las versiones más duras y sangrientas de las dictaduras militares en la región. De tal modo que a los cambios en el régimen social de acumulación que impulsan la transformación de los actores de la movilización social se suma un elemento clave de orden netamente político. Los nuevos movimientos sociales acompañan y en algún sentido marcan el rito de las llamadas transiciones a la democracia. Son uno de sus fenómenos más relevantes y significativos. Como es sabido, tanto el libro sobre los movimientos en Argentina como las compilaciones realizadas junto con Fernando Calderón sobre nuevos movimientos en América Latina sentaron las bases para todo un campo de indagación muy fértil que se desarrolló en las décadas posteriores. Derechos humanos, mujeres y feminismo, jóvenes, vecinos, villeros y pobladores son algunas de las categorías que servían para identificar conflictos y movimientos que pugnaban por transformar el orden social. Y allí aparece una especificidad de este punto de vista que coincide con la mirada de Norbert Lechner sobre los procesos de transición a la democracia. Más allá del cambio de régimen y todas las virtudes que le están asociadas, el verdadero desafío es el de la democratización de las relaciones sociales; una lucha que se vincula con la política (con minúscula) y que tiene en estos actores colectivos a uno de sus vectores fundamentales. Por eso, los nuevos movimientos sociales pueden incluir también la cuestión sindical y traducirla en una preocupación por los procesos de democratización sindical y de transformación de la lógica de acción corporativa.

En los textos de Shevy hay dos de esos movimientos que concentran la mayor atención y que fueron objeto de indagación en los años posteriores al trazado de ese primer mapa de los nuevos movimientos sociales. Uno es sin duda el movimiento de derechos humanos, que tuvo en Argentina un protagonismo y una centralidad notables, y que ocupó un lugar central en la reflexión sobre nuevos movimientos sociales en la región. El movimiento en Argentina fue, a su vez, el caso paradigmático,

el que mejor condensaba los distintos aspectos que la noción de movimiento social venía a iluminar. Distintos textos en la obra de Shevy analizan el derrotero del movimiento y permiten entender aspectos de su impacto y potencial como también los límites y tensiones a los que estuvo sujeto. En una veta lefortiana, los derechos humanos representan la quintaescencia de la política democrática, mostrando la indeterminación del orden social vigente y llevando los conflictos hacia una lógica de derechos. Al mismo tiempo, Jelin identifica en la versión criolla del movimiento de derechos humanos una preeminencia del lugar de los afectados y de los lazos familiares como portadores de legitimidad en los reclamos. El familiarismo, en ese sentido, marca un límite al modo en que el lenguaje de los derechos humanos puede contribuir a los objetivos y logros de los movimientos feministas y de mujeres.

El movimiento de mujeres y el feminismo es el otro gran foco de interés en los trabajos de Shevy. Y es que la historia de la lucha por los derechos humanos y la lucha feminista se solapan pero no coinciden. En términos de principios, la noción de derechos humanos se apoya sobre un ideal de igualdad, mientras que la lucha de las mujeres necesita reafirmar la diferencia (para poder hacer frente a la dominación). Allí aparece un problema central con respecto a la tradición liberal que sostiene la idea de derechos y que Jelin explora en los textos que analizan los debates del feminismo, así como los alcances y los desarrollos de los movimientos de mujeres. Shevy se cruza con los debates del feminismo desde los años setenta y las cuestiones de género ya aparecen como una dimensión relevante incluso en sus estudios tempranos sobre las mujeres bahianas. Pero una lectura en clave de movimientos sociales le permite ubicar esos temas en un registro de análisis que no es el de los estudios de género, donde Shevy no se siente tan a gusto.

También pasó otra cosa, que fue una opción personal con implicancias. Empezaron a formarse los primeros centros de estudios de mujeres, y me invitaron a participar en uno de ellos. Yo dije que no, con la convicción de que no tenía sentido armar guetos académicos. Desde entonces, mi conducta fue siempre la de intentar integrar el estudio de las mujeres en las investigaciones sociales.

Quería evitar que los estudios de mujeres los hagan solamente las mujeres feministas, cerradas en un círculo y hablando entre ellas. Esa fue mi opción, y reconozco que el resultado fue muy limitado. (Entrevista a E. Jelin, 2018a, p. 23).

El desarrollo de los trabajos sobre movimientos sociales en la obra de Jelin muestra otro aspecto muy importante, complementario a la conceptualización y el mapeo de los primeros textos. Se trata de una preocupación y análisis del problema de las escalas de acción de los movimientos. En ese sentido, hay una segunda ola de producción de Jelin sobre movimientos sociales en la que impacta la cuestión de la globalización. El campo de estudios sobre movimientos sociales rápidamente acusó recibo del modo en que la sociología sostuvo el gesto atávico de pensar incuestionadamente al interior del marco nacional. Jelin nos recuerda, en este sentido, que la tradición de izquierda de la lucha obrera siempre tuvo un costado internacionalista (Jelin, 2001, p. 257). Por esa vía, realiza una apuesta precursora a pensar la dimensión transnacional de los movimientos sociales.

A decir verdad, esta dimensión siempre estuvo presente en sus trabajos sobre movimientos sociales. Los casos del movimiento de derechos humanos y de los movimientos de mujeres se desarrollaron en campos sumamente internacionalizados. Sin embargo, este tema se transforma en un foco específico de análisis en el proyecto que en los años dos mil se ocupó de estudiar el espacio del Mercosur. Resulta muy interesante allí el diálogo con la idea de transnacionalización de la movilización social. Hay un diálogo muy fructífero, en particular, con Katrin Sikkink, quien en ese mismo momento desarrollaba su trabajo sobre *transnational advocacy networks* (redes transnacionales de defensa). En esos estudios que aparecen reunidos en el volumen *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales* (2003) hay una idea central y es que, aunque la globalización es sinónimo de cuestionamiento de los marcos nacionales (y sus fronteras), ello no es sinónimo de transnacionalización. Globalización también implica importancia de lo local, de lugares específicos donde los fenómenos de globalización tienen su anclaje.

Finalmente, la cuestión de la ciudadanía —como tercer núcleo temático de los estudios sobre movilización— se incorpora decididamente en la producción de Jelin en los años noventa. Pero lo hace reenviando la discusión a sus trabajos sobre culturas populares de la década anterior. Las intervenciones sobre la noción de ciudadanía, aunque no constituyen un programa de investigación en sí mismo en el conjunto de la obra de Jelin, de todos modos, tienen el interés particular de conectar varias líneas de trabajo y de reflexión. En particular, aquellas que se vinculan con los distintos modos que en que Shevy abordó los fenómenos de movilización social.

La discusión sobre la ciudadanía tiene una génesis clara en la reflexión sobre movimientos sociales. En “¿Ciudadanía emergente o exclusión?” (1994) esa vinculación es explícita. Allí se discute la idea central que guio el análisis de los nuevos movimientos sociales en los años ochenta, en el contexto de los procesos de democratización política. En ese marco, como ya lo hemos mencionado, los nuevos movimientos sociales eran o se suponía que fueran vectores de todo tipo de transformación. Actores destacados en los procesos de ampliación de ciudadanía que la democracia prometía traer aparejados. Jelin discute esta idea con toda agudeza y lo hace a partir de varios ejes concomitantes. El primero se refiere a las precondiciones materiales de la ciudadanía. Efectivamente, la expectativa puesta en el cambio de régimen político, en la recuperación de derechos civiles y políticos en las transiciones a la democracia tendió a obscurecer la fuerte transformación económica sufrida por nuestras sociedades. Esas transformaciones tienden a reforzarse a inicios de los años noventa con una nueva ola de políticas pro-mercado, lo cual obliga a revisar la idea que está por detrás de los procesos de ciudadanía democrática abierta por el fin de las dictaduras militantes en la región. ¿Cuánta ciudadanía es posible en contextos de exclusión social? Jelin recurre a Hannah Arendt para llevar esa pregunta a su expresión más cruda y descarnada. La ciudadanía es (cita de Arendt) un elemento que requiere la inscripción de la persona en una comunidad, en un colectivo que reconozca su común humanidad. Sin condiciones materiales dignas, lo que está en juego es la dignidad de la persona humana y, por lo tanto, no se reconoce un elemento de pertenencia común que es

condición de posibilidad, a su vez, de la garantía de derechos de ciudadanía. La idea de exclusión social, muy en boga en aquellos años se erige como una limitante mayor al desarrollo de la ciudadanía. Ese contexto, además, plantea toda otra serie de desafíos que también escaparon a la expectativa depositada en la movilización social como vector de ciudadanía en los años ochenta. Estos desafíos son: la globalización, la tensión entre igualdad y diferencia y la institucionalización de la sociedad civil.

Los debates sobre ciudadanía que se multiplicaron en los años noventa tanto a nivel local como internacional tuvieron, desde la óptica de Jelin, un rasgo destacable, y es su carácter normativo, y por esa vía abstracto. Frente a esos debates teóricos la autora opone la idea de una ciudadanía desde abajo, es decir, un concepto más descriptivo e inductivo de ciudadanía que permita reflejar la multiplicidad de experiencias de vida y sobre todo la relación heterogénea entre derechos y expectativas.

En ese sentido, como dijimos al comienzo, la noción de ciudadanía no puede ser ajena al conflicto.

Más que suponer la operación de mecanismos automáticos, los resultados son siempre provisionales e inciertos, en la medida en que son el resultado de luchas sociales continuas alrededor de la distribución del poder y de otros recursos sociales valorados y acerca del diseño de las instituciones que canalizan el conflicto social. (Jelin, 1993, p. 23).

Y, finalmente, una visión normativa y estandarizada de la ciudadanía se opone a esa idea de una ciudadanía desde abajo, compuesta principalmente de un conjunto heterogéneo de demandas y expectativas que las personas tienen en relación con las instituciones estatales.

Desde abajo y desde lo cotidiano, la imagen predominante de la relación de los sujetos sociales con las instituciones estatales es una queja generalizada, donde se combina el fatalismo de la desigualdad social con la atribución de culpas a los políticos y al estado. Esta imagen contrasta un ideal del estado como garante de los derechos de ciudadanía social con una realidad de corrupción, de violencia y de falta de garantías. (Jelin, 1993, p. 31).

Los tópicos que hemos propuesto permiten apreciar la importante y variada producción de Shevy sobre cuestiones relativas a la movilización social. Sin duda, uno de sus aportes cruciales se vincula con el hecho de haber mostrado el modo en que los nuevos movimientos sociales fueron un ámbito muy productivo para analizar la constitución de nuevos actores políticos que reflejaban de modo acabado el contexto de la posdictadura y el proyecto de la transición democrática.

Esos trabajos sobre nuevos movimientos sociales son ya clásicos de la sociología latinoamericana. Quien quiera entender las formas de acción colectiva y protesta en los países de la región no puede sino remitirse a esa pintura exhaustiva y analítica de las dimensiones contemporáneas de esa movilización. Sin embargo, como hemos intentado señalar, esos trabajos representan solo un hito en un recorrido mucho más largo en el que se fue forjando una mirada propia y un conjunto amplio de investigaciones cuya importancia puede ser constatada en la posibilidad que ofrecen de ser revisitadas una y otra vez, más allá del tiempo.

Para cerrar esta introducción, y no continuar adelantando la riqueza de los trabajos seleccionados, resta solo volver a remarcar el carácter original, comprometido y estimulante de la obra de Jelin. A lo largo de los años nos ha invitado a pensar en los procesos estructurantes de la inequidad social y en la capacidad de agencia y cambio social. Esta invitación abre interrogantes, sin pretensión de cerrar debates de manera unilateral. Sin duda alguna, interpela, provoca, e invita a la reflexión.

Bibliografía

Jelin, E. (1978). Conflictos laborales en la Argentina, 1973-1976. *Revista Mexicana de Sociología*, 40(2), 421-463.

Jelin, E. (1979). *Orientaciones e ideologías obreras. Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina*. México: Colegio de México.

Jelin, E. (Comp.) (1985). *Los nuevos movimientos sociales* (2 vols.). Buenos Aires: CEAL.

Jelin, E. (1987). *Ciudadanía e identidad. Las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos* (Nº E51 J48). Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social.

Jelin, E. (1993). ¿Cómo construir ciudadanía? Una visión desde abajo. *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe / European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 55, 21-37.

Jelin, E. (1994). ¿Ciudadanía emergente o exclusión? Movimientos sociales y ONGs en los años noventa. *Revista Mexicana de Sociología*, 56(4), octubre-diciembre, 91-108

Jelin, E. (2001). Los movimientos sociales y los actores culturales en el escenario regional. El caso del Mercosur. En G. de Sierra (Comp.), *Los rostros del Mercosur: El difícil camino de lo comercial a lo societal*. Buenos Aires: CLACSO.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Jelin, E. (2003). Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales. *Cuadernos del Ides*, 2, octubre, 3-27. Disponible en http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsdll/collect/ar/ar-025/index/assoc/D4331.dir/cuaderno02_Jelin.pdf

Jelin, E. (2009). Entrevista a E. Jelin. En *Proyecto Cien Entrevistas. Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Chile* (Entrevistador: G. Villarroel). Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=xHJhZoP23r4>

Jelin, E. (2017). *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Jelin, E. (2018a). Entrevista de C. Smulovitz, octubre.

Jelin, E. (2018b). Gente y fotos. Una mirada personal. En E. Jelin y P. Vila (con fotografías de A. D'Amico), *Podría ser yo. Los sectores populares urbanos en imagen y palabra. 2 volúmenes (reedición facsimilar con un volumen adicional nuevo)*. Buenos Aires: Asunción Casa Editora.

Jelin, E. (2019). “Lo personal, lo político y lo académico”. Entrevista a Elizabeth Jelin (Entrevistador: G. Seid). *Unidad Sociológica – Feminismos, géneros y sexualidades: dilemas, desafíos y controversias actuales. Segunda Parte*, 5(16), junio-septiembre.

Jelin, E. (2020). Entrevista de S. Pereyra, noviembre.

Jelin, E. y Torre, J. C. (1982). Los nuevos trabajadores en América Latina: una reflexión sobre la tesis de la aristocracia obrera. *Desarrollo Económico*, 22(85), 3-23.